

impulsan á estudiar mis pensamientos más íntimos, y quiero responderos con sinceridad, y que consideréis esta respuesta como mi testamento filosófico. Yo declaro que jamás he negado en mi corazón las proposiciones que me habéis presentado, que ellas forman el fondo y la esencia de la Filosofía, y á todas respondo en puridad y sin reserva que sí. Si me preguntáis por qué creyéndolas he patrocinado en algunos de mis escritos las indignidades de Strauss y el panteísmo de Spinoza, os responderé que todo lo que Strauss y otros de su escuela han publicado como mercancía nueva, lo he publicado yo desde hace cuarenta años, durante los cuales jamás revelé á nadie los motivos que tuve para hacerlo. Me propuse ver si la razón humana podía, sin acudir á la Religión, salir del laberinto de misterios en que se revuelve la Filosofía, y si el hombre sin el Cristianismo, podía tratar las verdades sobrenaturales, sin incurrir en groseros errores. La experiencia me ha enseñado de una manera evidente, que para ser buen filósofo es preciso ser buen cristiano, y nunca me hubiese empeñado en semejante empresa, si hubiese podido prever á dónde me conduciría ¹.»

La declaración, como véis, no puede ser más

¹ *Précis historiques de Bruxelles*, 1855, tom. IV, p. 95. — Cornoldi, *Trattato della esistenza de Dio*, Bologna, 1877, p. 129.

franca, y bien puede servirnos de norma para juzgar de la sinceridad de muchos que, por intentar abrir nuevos caminos al pensamiento, contradicen las creencias universales del género humano. Ninguna, fuera de la existencia de Dios, lo ha sido tanto como la inmortalidad del alma; todos los hombres, aseguraba Cicerón, han creído en ella, y su universal consentimiento es ley de la naturaleza ¹. « Es una verdad vulgar á fuerza de estar demostrada, que todos los pueblos y todas las razas, salvas insignificantes excepciones, han admitido que la vida humana se continúa de algún modo después de la muerte, y Flügge, pasando revista á las tradiciones y dogmas de todas las naciones, lo ha comprobado de una manera evidente ².»

Yo me haría interminable si me propusiese hacer desfilas ante vosotros esos pueblos y esas razas, y no podría examinar sus ceremonias y sus monumentos, sin fatigar demasiado vuestra atención; pero no he de pasar en silencio al pueblo escogido por Dios para guardar en toda su pureza las tradiciones primitivas y el depósito sagrado de la Revelación divina. Hay empeño en demostrar que los hebreos no creyeron la in-

¹ *Permanere animos arbitramur consensu omnium nationum.*

² Maury, en la Academia de inscripciones de París. *Journal officiel*, 16 Abril 1873.

mortalidad del alma ¹, antes de comunicarse con los griegos, y lo que en un principio no pasó de ser una negación dogmática de Voltaire, reviste hoy todos los caracteres de una cuestión científica íntimamente relacionada con la fe.

Al regresar del Yemen el sabio explorador Halevy, en 1873, leyó una Memoria de su expedición ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, llamando la atención de sus miembros sobre un pasaje encontrado en el epitafio de Eschmunazar, rey de Sidón, que tradujo así: «*He sido llevado, antes de mi tiempo, al medio de aquellos que están separados de la luz: cuando estaba en mi grandeza, fui piadoso, hijo de la inmortalidad*» ².» En esta inscripción y otras semejantes, se apoyaba aquel sabio orientalista para probar que los fenicios y sus contemporáneos y vecinos los hebreos creían en la supervivencia de las almas, siete siglos antes de Jesucristo. Combatió Derembourg las afirmaciones de Halevy, asegurando que en el Antiguo Testamento no hay ningún texto de donde pueda deducirse racionalmente la creencia de los hebreos en la inmortalidad, y que solo la preocupación pudo in-

¹ Esto pretende hacer J. Rodríguez Alba en sus *Lucubraciones Psico-Físicas*, Madrid, 1892, p. 66.

² Vigouroux, *La Bible et les decouvertes modernes*. París, 1884, t. III, p. 101.

ducir á los historiadores y á los intérpretes á admitir semejante error. Renan avanzó más la cuestión, sosteniendo la tesis de Derembourg, y añadiendo que la Filosofía de los Sagrados Libros es contraria á la inmortalidad.

Indudablemente hay en esto una confusión de ideas que conviene desvanecer, para poner la cuestión en su verdadero terreno, y un abuso de crítica bíblica que debemos combatir. Es cierto que los hebreos, antes de los tiempos evangélicos, no tuvieron de la inmortalidad del alma una noción tan distinta y clara como la que nosotros tenemos, ni puede compararse la *psicología* de los libros del Antiguo Testamento, con los estudios profundos y concretos que de los atributos del alma han hecho los filósofos cristianos. «La ley de Moisés, dice Bossuet, solo daba al hombre una noción somera de la naturaleza del alma y de su felicidad... Las consecuencias de esta doctrina y las maravillas de la vida futura, no alcanzaron entonces su completo desarrollo; la luz debía venir al mundo con el Mesías... y como fruto de su venida, el pueblo cristiano pondría por fundamento de su religión la fe en la vida futura ¹.» Era la religión mosaica, como el alba de un día clarísimo y la fuente pequeña de un río caudaloso, lo cual no

¹ Discurso sobre la Historia universal, II parte, c. XIX.

impide que ya desde los tiempos primitivos aquel pueblo creyese la inmortalidad, y mucho menos da lugar á suponer que del todo la negase. Refutando Jesucristo la doctrina de los Saduceos que negaban la resurrección de los muertos ¹, les dice: *Errais, ignorando las Escrituras y el poder de Dios... ¿no habéis leído lo que Dios os dijo, cuando os habló de la resurrección de los muertos: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos* ²; en cuyas palabras, además de afirmarse la supervivencia de las almas, se alude á las Escrituras del Antiguo Testamento, invocándolas como testimonio concluyente en favor de esta creencia. En efecto: abundan en ellas las expresiones concretas y terminantes, cuyo sentido en vano intentará torcer la exégesis racionalista. El heroico Eleázaro, en la avanzada edad de noventa años, soporta impávido los tormentos más atroces, para no incurrir en la indignación de Dios, *ni vivo, ni después de muerto* ³; en el libro segundo de los Macabeos, donde se refiere su martirio, se enseña que las oraciones de los vivos por los difuntos son santas y saludables para alcanzar el perdón de sus pecados ⁴; el profeta Daniel, habla de un tiem-

1 Matth. XXII, 23.

2 Ibid. 29-32.

3 II Mach., VI, 26.

4 Ibid., XII, 46.

po sin semejante en las edades del mundo, porque cuando llegue, despertarán los que duermen en el polvo de la tierra, y gozarán unos de la vida eterna y otros padecerán el oprobio inacabable ¹; en el libro de la Sabiduría se hace una descripción detallada de lo que pensaban los impíos, y condenando aquellos pensamientos hijos de su malicia, explícitamente se asegura que *Dios crió al hombre para la inmortalidad*, y que no serán defraudadas las esperanzas inmortales de los justos ²; por lo cual no es de extrañar que Flavio Josefo y los judíos Talmudistas, hablen de esta creencia como de cosa corriente y común entre los suyos ³.

No son los griegos quienes enseñaron al pueblo hebreo la inmortalidad del alma, ni es esta una creencia que la raza escogida de Abraham recibió de sus vencedores. Mucho antes que Ferécides, el maestro de Pitágoras, llevase esta doctrina desde el valle del Nilo á las hermosas playas del mar Egeo ⁴, y áun antes que el patriarca de los creyentes, levantando sus tiendas á la sombra de la encina de Moreh, tomase posesión de la tierra de Canaan, era ya común esta doctrina en

1 Dan., XII, 1-3.

2 Sap., II, III, V.

3 *Sanhedrin*, fol. 90 b-94 a.—*De bello judaico*, III, VIII.

4 Pherecydes Syrus primus dixit animos hominum esse sempiternos.—Cicerón, *Tuscul.* q. I, 17.

las orillas del Éufrates. Los sarcófagos descubiertos por Taylor en Mugheir, la antigua Ur de los caldeos; la relación del diluvio escrita por Beroso; la bajada de Istar al Aral¹, lugar tenebroso del cual nadie ha vuelto, tierra de la inmortalidad donde las almas se alimentan de polvo, no dejan lugar á duda, y racionalmente permiten suponer que cuando Abraham salió de su patria, llevó consigo las tradiciones de sus mayores, y si rechazó las prácticas idolátricas que entre ellos reinaban, nunca rechazó la fe en la inmortalidad, cuyo origen se remonta á la revelación primitiva².

La permanencia de Israel en Egipto da más fuerza á esta suposición, y con nuevas y más poderosas razones la confirma. Era Egipto el país clásico de la inmortalidad, idea que lejos de conservarse allí como dogma meramente especulativo, fué el alma de las costumbres y de la vida religiosa de aquel pueblo. Así lo demuestran: la perfección con que se practicaba el embalsamamiento de los cadáveres, los ritos funerarios que acompañaban á su enterramiento, y, sobre todo, el célebre *Libro de los muertos*, especie de manual de oraciones que se depositaba en las cajas de las momias, para que los difuntos, al ser con-

¹ *Annales de la Philosophie chrétienne*, 1874.

² Cf. Vigouroux, obra cit. tom. III, lib. II.

ducidos por Horus al tribunal de Osiris, pudiesen defender su causa y alcanzar la sempiterna bienaventuranza en los campos de Aalu, regados por las aguas del Nilo celestial¹. No es posible creer que Moisés, educado en la corte de los Faraones, ignorase lo que de un modo tan palpable estaba constantemente á la vista de todos, escrito en los papiros, grabado en los monolitos y en las paredes de los templos, y encarnado, por decirlo así, en las costumbres populares. Él nos dice en el Pentateuco, que Jacob y su hijo José fueron embalsamados á la usanza egipcia; que en los funerales de Jacob se observaron las mismas ceremonias que solían practicarse cuando moría un hombre principal de aquella tierra, y que *Ullaron los egipcios setenta días, y fué grande su llanto en la era de Atad*².

Ahora bien, señores: ¿por qué, si Moisés no creyó la inmortalidad del alma, él que tanto empeño puso en condenar las prácticas supersticiosas que en la cautividad aprendieron los suyos, jamás escribió palabra que desautorizase aquella creencia? Él mandó sacrificar al Dios único, los animales que en Egipto se tenían por sagrados³; desenvainó su espada y pasó á cuchillo á los que

¹ *Annales de la phil. chrét.* 1882, p. 78-84.

² Gen. L.

³ Exod. VIII, 26.

adoraban al becerro ¹; prohibió bajo las más severas penas la *necromancia* ², y ordenó las señales de luto y la pompa con que debían enterrarse los muertos, pero en ninguna parte de sus libros negó la supervivencia de las almas, antes bien la dió por cierta en documentos que no pueden interpretarse torcidamente sin falsear los cánones de la crítica más severa.

En efecto: para Moisés es la muerte el castigo del pecado, pero la muerte no es el aniquilamiento absoluto, porque, á raíz de la culpa original, Dios anunció solemnemente la promesa del Redentor, haciendo de ella la esperanza de Israel; la vida de los patriarcas es, según él, destierro, peregrinación trabajosa que todos han de hacer antes de *reunirse con sus padres y juntarse con su pueblo* ³, expresiones que no pueden confundirse con la inhumación, ni significan el deseo de ser enterrados en el sepulcro de sus familias, porque en muchos casos esto no pudo verificarse, y, sin embargo, en el lenguaje bíblico se dice que *se ayuntaron con su pueblo*. Abraham que *murió en buena vejez, y harto de días, y fué ayuntado á sus pueblos*, fué enterrado en Hebrón, en la cueva de Makpelah, mientras que Tharé, su padre, murió

¹ Exod. XXXII, 28.

² Deut. XVIII, 11-12.

³ Gen. XLVII, 9; *ibid.*, XV, 15; XXV, 8-17; XXXV, 29; XLIX, 29, 32.

y fué enterrado en Haran y sus antepasados en Caldea. Ismael, no fué depositado en el sepulcro de Jacob, su padre; Aarón murió y fué enterrado en el monte Hor, donde no descansaron los restos de ningún israelita; nadie supo dónde estaba la sepultura de Moisés, que murió en la tierra de Moab, en el monte Nebo, y de todos estos se dice que después de muertos se juntaron con los de su pueblo. El Génesis refiere la muerte de Jacob, diciendo: *como acabó de dar mandamientos á sus hijos, encogió sus piés en la cama y espiró: y fué congregado con sus padres*, describiéndose después minuciosamente sus funerales y enterramiento. Los hermanos de José, presentan á su padre la vestidura de colores que solía traer puesta, y al verla teñida en sangre, exclamó: *la ropa de mi hijo es, alguna mala bestia lo tragó: despedazado ha sido José. Entonces Jacob, rasgó sus vestidos y puso cilicio sobre sus lomos y enlutóse por su hijo muchos días. Y levantáronse todos sus hijos para consolarlo, mas él no quiso tomar consolación, y dijo: Descenderé á mi hijo con llanto en lo profundo* ¹, texto concluyente, pues no cabe aquí suponer que se trata de la reunión en la sepultura, persuadido como estaba Jacob de que su hijo había sido devorado por una fiera ². Es, pues, evi-

¹ Gen. XXXVII, 33-35.

² Munk, *Palestine*, p. 149.

dente que los hebreos, desde los tiempos más remotos, creían la inmortalidad del alma, y tenían noticia de un lugar en donde los espíritus, separados de sus cuerpos, se reunían como formando un nuevo pueblo. Este lugar denominado *Se'ol*, se cita sesenta y cinco veces en el Antiguo Testamento, de las cuales siete corresponden al Pentateuco, y es, según la descripción que de él se hace en los Libros Santos, un lugar subterráneo, profundísimo y obscuro, que solo la mirada de Dios puede sondear; lugar insaciable, de ancha puerta, en cuyas más recónditas tinieblas habitan las almas de los pecadores; tierra de perdición, del silencio y del olvido, donde los muertos no pueden glorificar á Dios, y donde los justos esperaban el advenimiento del Mesías que había de salvarles¹. De ese lugar salió, por permisión divina, el alma de Samuel, cuando el rey Saul fué á evocarla con los sortilegios de la pitonisa de Endor², suceso que nunca podrán explicar satisfactoriamente los que niegan la creencia de los hebreos en la inmortalidad.

Es, pues, indudable la antigüedad de esta creencia, universalmente reconocida por el testimonio de todos los pueblos. La razón reclama la

¹ Fürst, en su *Concordantia librorum*, V. T. p. 1088, enumera todos los pasajes en que se nombra el *Se'ol*.

² 1 Reg. XXVIII, 8-20.

vida sempiterna de las almas, como consecuencia legítima de su naturaleza espiritual; la exige la conciencia, como solución única del orden moral, y la prescribe la fe como fundamento de los dogmas religiosos; las acciones heroicas por la esperanza en la inmortalidad, se explican: *no temáis*, decía Jesucristo á sus discípulos, *á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma*¹, dándoles con esto aliento suficiente para despreciar la muerte y buscar en otra vida las palmas inmarcesibles con que se premia la verdadera fortaleza. Sin la idea de la inmortalidad, sería inexplicable la Historia, porque, como ha dicho Balmes, «es la humanidad un sublime y grande individuo moral, cuando reconoce á sus miembros la inmortalidad y se los considera pasando sobre la tierra para llegar á otro destino. Sin esto, el mismo progreso humano es una especie de sima sin fondo, donde se precipitan las generaciones sucesivas;» admitida la inmortalidad, «se explica la inmensidad de nuestros deseos, porque se pueden llenar; se explica la extensión de nuestra inteligencia, porque se ha de dilatar un día por un mundo sin fin; se explica la necesidad de las ideas, porque desde que nacemos empezamos la comunicación con un orden inmortal; se expli-

¹ Matth. X, 28.

can las evoluciones y las catástrofes de la humanidad, porque se ligan con destinos eternos.»

Esta es la esperanza que nos mantiene en las luchas de la vida, y con ella somos fuertes para reñir el *buen combate* de la virtud; así consideramos á las enfermedades y á la muerte como gestación dolorosa de nuestros destinos eternos, y si nos llena de pavor la soledad del sepulcro, vencen á esos temores las alegrías del alma en los barruntos de su felicidad inacabable, y nos despedimos del mundo con el cántico sublime de Habacuc: Oí, Señor, tu voz, y se conmovieron mis entrañas; temblaron mis labios al oír tu llamamiento; éntre la pudrición en mis huesos y por dentro me consuma, para que descansa en el día de la tribulación, y pueda ir á mi pueblo preparado para el combate. Cuando ya no florecerá la higuera, ni brotarán las vides; cuando fallará el fruto de los olivos, y los labrados no harán mantenimiento; cuando serán taladas las ovejas de la majada, y quedarán los establos sin ganados, yo me alegraré en el Señor, y en el Dios de mi salud me gozaré. Él, que es mi fortaleza, dará á mis piés la ligereza del ciervo, y vencedor en las alturas, cantaré con instrumentos de música sus divinas alabanzas ¹.

¹ Hab. III, 16-19.

CONFERENCIA SÉPTIMA

LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS

Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem: et mortale hoc induere immortalitatem.

S. PABLO, I ad Cor., XV, 53.